

Juan de D. Peinado Jordán.

HIGIENE ESPIRITUAL.

¿Niega la Ciencia á Dios?

Respuesta al artículo escrito con este título

POR G. PREVOST,

traducido por el Dr. D. Salvador

Velázquez de Castro.



GRANADA:

Imp. de Ntra. Sra. de las Angustias, Triana, 22.

1896.

FACULTAD
DE FILOSOFIA Y LETRAS



Est. _____

Tabla _____

Núm. _____

BIBLIOTECA Y ARCHIVO

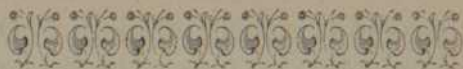
ADVERTENCIA.

Es un hecho constantemente observado en la historia de la Iglesia, que nuestra sagrada Religión, desde sus principios, jamás ha dejado de ser fuertemente combatida por las tumultuosas pasiones de los hombres; pero también es cierto que en todos tiempos la herejía ha quedado postrada á las plantas, de la Esposa querida de Jesucristo.

Al dar a luz este folleto, no me propongo otra cosa sino confirmar esta verdad, haciendo ver

como la ciencia no niega á Dios, en contra de lo que ha intentado demostrar recientemente G. Prevost, para lo cual he reunido los artículos que publiqué en LA VOZ DE GRANADA, cumpliendo de este modo con el deber que tiene todo católico de defender en la medida de sus fuerzas la Verdad ultrajada. satisfaciendo al mismo tiempo el deseo de mis buenos amigos, que me piden con interés este trabajo.

Juan de Dios Peinado
Jordán.



SUELE colocarse en los escaparates de algunas farmacias un pequeño maniquí, cuyo desnudo cuerpo, ceñido por mil partes con vendajes y apósitos, presenta un aspecto irrisorio á la par que lastimoso. El objeto de tan *gallarda* figura no es otro que llamar la atención de los transeuntes é indicar que en aquella oficina se venden todos los aparatos y útiles que se emplean en cirugía.

En el escaparate, ó sea en la primera plana del *Boletín de la Farmacia del Dr. Picazo* (1), y á guisa de irrisorio maniquí, aparece una traducción de un impío y mal artículo de G. Prevost, titu-

(1) *Boletín* núm. 29, correspondiente al mes de Mayo de 1836.

lado *¿Niega la ciencia á Dios?*, en el que la ciencia, la verdad y el sentido común aparecen tan descoyuntados y maltrechos, que todas las cintas, parches y vendajes de retumbantes palabras, citas inoportunas é ideas vacías de sentido, con que su autor pretende unir sus miembros destrozados, no hacen otra cosa que aumentar y poner más de realce los innumerables desatinos, que forman ese cuerpo, si cuerpo puede llamarse á tan informe conjunto de despropósitos.

Válgame Dios, Sr. D. Salvador Velázquez de Castro! y habrá V pasado quizá una mala noche para traducir *eso*.

Pero vamos á cuentas: ¿V. sabe lo que ha escrito.... traduciendo? Creo que no, pues yo no tengo de V. formado mal concepto y son tantos los desatinos que el autor dice en su *trabajo*, que creo poder afirmar que V. lo ha traducido casi sin fijarse en lo que hacía.

Y en verdad, ¿puede ser cuestión bastante compleja el decidir si la ciencia niega á Dios, como afirma G. Prevost? Pues se engaña lastimosamente, y V. con él, si tal cosa cree, pues esta cuestión para él tan compleja y árdua, no tiene más que una respuesta clara y categórica: *no*. Ya ve V. que aquí no hay nada *complejo*, á no ser que, como la *n* pertenece al grupo de las consonantes y la *o* al de las vocales, la palabra *no*, con que se responde á esa cuestión, Vds. la llamen bastante compleja.

La ciencia no niega á Dios, porque la ciencia es la verdad, la luz, y Dios es la primera Verdad y la luz, de cuyos destellos es participación la ciencia del hombre; pero si por ciencia se quieren entender los disparates de cualquiera que, semejante al grajo de la fábula, se vista con plumas ajenas por codearse con los grandes hombres, y cuando quiere lucir algo propio solo sabe dar

un espeluznante graznido, entonces es posible que alguna vez la ciencia niegue la existencia de Dios.

Y qué gracia me hace aquello de que *ante todo seria necesario saber si con tal vocablo (Dios) se designa el Dios de los cristianos, el Dios de los mahometanos, el Dios de los indos ó el Ser Supremo, el Deus ignotus (en latin y todo), el Autor del Gran Todo.* G. Prevost sí que me va pareciendo que es *ignotus* ó, diré mejor, *ignorans* de lo que se pesca; pues el vocablo Dios significa el Autor de todo lo creado, el Ser Supremo, la primera causa, el cual por su naturaleza tiene existencia necesaria y por ende es eterno, inmutable, Señor supremo de todo lo existente, en una palabra, infinito, lo cual (G. Prevost no lo sabrá) quiere decir que reúne todas las perfecciones posibles, sin sombra de imperfección, sin límites que lo empequeñezcan, sin temor de que se acaben; belle-

za suprema de la que toman su belleza los seres, como los arroyos toman sus aguas cristalinas de la fuente, como los mundos toman sus colores de la luz; luz indeficiente á la que si no fuera herejía decir que falta algo, yo diría que solo le falta atravesar cuerpos tan opacos como algunos cerebros que yo conozco.

Este es Dios, Sr. Velázquez de Castro; el Dios que enseña la fe cristiana, fijese bien, la fe cristiana, el que demuestra la filosofía (cristiana también), el que descubre á la razón del campesino la azulada bóveda, que se extiende á su cabeza ó la amapola, que crece en los sembrados, lo mismo que al sabio médico la incomprendible armonía del humano organismo ó las microscópicas proporciones del bacilo, que se oculta á sus miradas, y el que finalmente conocen mejor que G. Prevost los niños, que asisten á la escuela y leen en el Padre

Ripalda que *Dios es un Señor infinitamente bueno, sabio y poderoso, principio y fin de todas las cosas.*

Ese es Dios, Sr. Velázquez de Castro, y si los *mahometanos*, aunque crean en su unidad, eternidad etc., son tan groseramente carnales, que le suponen capaz de recompensar la virtud con la asquerosa inmundicia de los goces terrenos; y si los *indos* le confunden torpemente con las criaturas, siguiendo los errores del absurdo panteísmo, y si algunos infelices, por no sentir los estímulos de su conciencia, quieren cerrar los ojos á la luz y, aunque admitan la existencia de Dios, afectan estar en completa ignorancia de su naturaleza divina, como si Él tuviera complacencia en ocultarse á la vista de los hombres, y se hacen como aquellos de quienes dice la Sagrada Escritura que *teniendo oídos no escuchan, y teniendo ojos y boca no ven ni hablan*; ¿será necesario, al tratar



de la cuestión de la existencia de Dios, hacer otra cosa que despreciar teorías insensatas y no dar los honores ni aun de opinión á las aberraciones del mahometano, del buddista ó del necio que defiende doctrinas absurdas relativas al Autor de lo creado?

Supone G. Prevost, que si á los sabios se hiciere esta pregunta: ¿existe Dios?, todos guardarían *un silencio significativo*. ¿Quiere Vd., Sr. Velázquez de Castro, que hagamos la prueba y que preguntemos á los *verdaderos sabios*? Mire Vd. que van á decir á G. Prevost que es un embustero..... Pero en fin, si Vd. se empeña, preguntaremos..... Preciso se hace abrir el paraguas porque va á llover recio.

Le parecen á Vd. buenos Sócrates, Platón y Aristóteles? Pues el primero no solo afirma «que existe un Dios», sino que da pruebas de esta verdad, y los dos últimos, remontándose desde el

orden visible, hasta el *ordenador* invisible, ponen la idea de la existencia de Dios, como la idea capital de su filosofía. Cicerón, que tampoco es grano de anís, levantándose por encima de las preocupaciones del vulgo gentil, establece como principio fundamental la existencia de Dios, y prueba la necesidad de admitir esta verdad. Galeno (este es de los suyos) al terminar su obra *De usu partium*, se deshace en elogios á la sabiduría y bondad de Dios. Orígenes, Tertuliano, Agustín, Tomás de Aquino; pero á qué citar estos cuando tal vez G. Prevost los rechazará por falta de *imparcialidad*. Mas, ¿qué me dirá de Copérnico, Kepler, Newton, en cuyas obras se encuentran á cada paso pruebas y alabanzas á Dios? Bacon, Descartes y Leibnitz (este último fué el más célebre de los matemáticos y de los filósofos alemanes del siglo XVII) dan luminosas pruebas de esta verdad

inconcusa; y si con el nombre de sabios quiere G. Prevost designar los que, despreciando la luz de la fe cristiana, se han empeñado en correr á ciegas por los torcidos senderos del error, llevando en su frente el sello de la apostasia, escuche á Diderot, á Voltaire (padre de la impiedad moderna), á Cabanis y Broussaïns, célebres médicos materialistas que no guardan un significativo silencio, sino que proclaman muy alto, en nombre, no ya de la ciencia, sino hasta del mismo común sentir, la existencia del Ser Supremo autor de todo lo creado.

¿Es que tal vez rechaza el saber de G. Prevost, á todos estos por anticuados? Pues yo le remito á las obras de los sabios astrónomos, físicos y químicos de nuestro siglo, Ampère, Hermite, Le Verrier, Agustín Canchy, William Herschell, M. Faye, Adolfo Hirn, Roberto Mayer, Augusto de la Rive y Be-

querel, á las de los notabilísimos naturalistas E. Réamur, el mismo Lamarck, aunque trasformista, Esteban Geoffroy Saint Hilaire, Cruveilhier, M. Chevreul, Mr. Wurtz (Decano de la Facultad de Medicina de París) y tantos otros que sería tarea interminable citar y cuyas declaraciones tengo á mano para facilitarlas á G. Prevost, si es que quiere tomarse el trabajo de leerlas; pero no he de dispensarme de indicar, así como en sumaria, que de los testimonios de ese numeroso catálogo de eminencias, unos afirman que la existencia del universo es la más clara prueba de la existencia de Dios; otros ensalzan la sabiduría de la inteligencia organizadora á la par que creadora de las bellezas del universo; otros afirman que la ciencia lleva á Dios, siendo propio solo de una ciencia *superficial y vana* negar verdad tan inconcusa y evidente; y otros, finalmente, en nombre de la ciencia y la razón y el

sentido común, se ríen y llaman locos y necios á los que se esfuerzan en probar al mundo su ignorancia, haciendo alarde de ateísmo.

Ahora vuelva á decirnos G. Prevost, que los sabios, los verdaderos sabios guardarían un significativo silencio si se les propusiera esta cuestión: ¿Existe un Dios? ¿Cuáles serán esos sabios, señor Velázquez de Castro? aunque ya caigo: G. Prevost ha querido hacer suya la célebre frase de Luis XIV, «el Estado soy yo.»

¿Y qué nos quiere decir G. Prevost con que la ciencia no tiene á qué pronunciarse sobre este *problema*? ¡Problema! ¿con que esa cuestión es un problema?: diga V., Sr. Velázquez de Castro, á G. Prevost que lea en el diccionario lo que es un problema y verá qué mal traída está esa palabra, *non erat his locus*. Pero en fin, pase con esta nota.

¿Y qué significa eso, que la ciencia no sabe decir si Dios existe ó no existe? Pues yo me permito, Sr. Velázquez de Castro, demostrar, á pesar de mi timidez, á G. Prevost, que la ciencia (porque ciencia es la lógica y ciencia la filosofía) prueba irresistiblemente su existencia: y si por ciencia entiende solo la que se ocupa de los seres materiales que caen bajo la experiencia de los sentidos, yo le diré que esta no prueba con demostración formal esta fundamental verdad, pero necesariamente la supone y de ella pueden sacarse luminosos argumentos para confirmarla; que no la prueba con demostración formal es claro; porque sería salirse de su objeto. ¿En qué capítulo de una obra de Anatomía, de Química ó de Matemáticas sería oportuno un raciocinio probando la existencia de Dios? Pero que la supone es no menos claro, por aquello, que de tan sabido es vulgar, de que no existe

reloj sin relojero; y si no puede concebirse una serie ordenada de teorías y argumentos que forman el cuerpo de doctrina expuesto en la obra científica, sin una inteligencia organizadora, ¿cómo podría admitirse esta inteligencia sin una primera creadora? Sin Dios no habría ciencia, no habría sabios..... ni tampoco ignorantes. Y de las ciencias, cualquiera sea el grupo á que pertenezcan, se eleva la razón no ofuscada por las pasiones al conocimiento de Dios autor y conservador de las maravillas, que ora saltan á la vista de todos, ora arrancan del seno mismo de la naturaleza las laboriosas vigiliass del sabio.

Tarea interminable sería, Sr. Velázquez de Castro, seguir haciendo examen detenido de todas las falsedades y absurdos de que está plagado el artículo que se ha tomado el trabajo de traducir, y voy á pasar por alto muchos de ellos, para terminar pronto; pero no

me dispensaré llamarle la atención sobre el párrafo en que pone como resultado práctico del ateísmo de Schoelcher el que fuera un excelente ciudadano, y de la fé de Torquemada el que este no le fuese ni mereciera la acogida de un Dios justo. ¡Quiá hombre, quiá! Cuando yo estudié Lógica sabía ya que eso es una falacia de las que llaman los filósofos *non causa pro causa*. Si Schoelcher fué un buen ciudadano (que lo creo solo por la palabra de G. Prevost), ¿cómo había de ser la causa su ateísmo? sería bueno (si lo era) á pesar de ser ateo; pero de ningún modo por serlo. Y si Torquemada hubiera sido malo (que no lo fué sino como los civiles son malos para los ladrones), hubiera sido tal á pesar de creer en Dios y obrado en contra de su fe. ¿Ve V. ya, Sr. Velázquez de Castro, como G. Prevost demuestra no conocer la Lógica diciendo tal disparate?

Loor á la ciencia, Sr. Velázquez de Castro, loor á la ciencia que ha ensanchado los límites de la idea de Dios; antes era tan estrecha que naturalmente se ha roto y ha sido necesario que Flammarion le ponga unas piezas más grandes que las que le echó Bossuet. ¡Qué idea tan remendada! Parece la capa del estudiante

Toda llena de remiendos
de diferentes colores.

Pues sepa G. Prevost que á Bossuet no se le ocurrió meterse á sastre; dijo sencillamente, con más ó menos galanura de estilo, lo que había leído en los libros de Moisés, de Salomón, etc., que se escribieron hace ya *algunos años*, ya ve V., como que dicen, y dicen la verdad, que el Pentateuco es el libro más antiguo que se conserva. Y en esos libros se habla de la grandeza de Dios, de su inmensidad, de su poder y de su amor, de su justicia, de su sabiduría,

con frases tan sublimes que solo los que no han leído la Biblia, son capaces de querer enmendar la plana al mismo Dios que en ella se manifiesta á sus criaturas.

Termino dándole un millón de gracias á la ciencia porque se digna no ser atea; pero á la vez me pregunto ó pregunto á V., Sr. Velázquez de Castro, ¿en qué quedamos? Los sabios no se atreven á decir si existe Dios y la ciencia no solo no es atea, sino que cada vez va corrigiendo y aumentando á Dios.

¿Quién me compra un lío?

Le pido mil perdones por no haber sido todo lo *explícito* que hubiera deseado, y una vez para siempre conste: 1.º que retiro cuanto pudiera con razón herirle; 2.º que para mí, ante el escritor-filósofo desaparece el hombre, y 3.º voy á permitirme darle un consejo, aunque no soy sabio ni anciano: no se eche V. encima culpas ajenas; si el Sr. Pre-

vost ha tenido la habilidad de decir tanto disparate en pocas palabras, ¿á qué va V. á cargar con el *sambenito*? Escriba V. de su cosecha; escriba de medicina que es su fuerte, y no se fie de nadie, aunque se llame Prevost, porque ya ve que le ha engañado dándole por un artículo de *Higiene espiritual* una receta capaz de enviar á una jaula al que bebe tan dañosa poción.

Acuérdese de la copla del gallego:

En este mundo enemigo
de nadie te has de fiar;
cada cual mire por sigu,
yo por migu y tu por tigu
y procúrese salvar.

